



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
 PROVINCIAS: » » » 3
 EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
 Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — ₧ — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

Orígenes del torreo.

Sr. D. Antonio Peña y Goñi.

MI QUERIDO AMIGO: En la bondadosa carta que se sirvió dirigirme, y que fué inserta en el número 9 de LA LIDIA, me invita usted á que, consultando los libros y papeles de mi colección taurina, á la que prodiga elogios que muy de veras le agradezco, le manifieste cuáles son los verdaderos orígenes de la tauromaquia; pues mientras D. José Sánchez de Neira, en su excelente *Diccionario*, sostiene que las fiestas de toros nacieron en España, Mr. Vrignault, en un artículo titulado *Les courses de taureau* publicado en *Le Monde Moderne*, afirma que el torreo nació en las llanuras de Tesalia, pasó después á Roma, y desde allí llegó á España.

Voy á complacer á usted diciéndole mi opinión sobre el punto consultado, pero sin darle la extensión que pediría, por dos razones: primera, porque para ello, y aun sin engolfarme mucho en concertar y comentar datos y pareceres respecto á tan oscura materia, habría de escribir diez ó doce artículos, cosa que no encaja en las condiciones de LA LIDIA; y segunda y principalísima para mí, porque hallándose ya en prensa un soberbio y magnífico trabajo histórico acerca del origen de la tauromaquia y de las fiestas reales de toros que en España se han celebrado, trabajo que su autor, el distinguido literato y muy erudito bibliófilo señor Conde de las Navas Bibliotecario mayor de S. M., ha fenido la bondad de leerme, fuera descortesía de mi parte desflorar el exquisito y abundante fruto con que va á enriquecer la literatura histórico-taurina.

La brillante monografía del Conde de las Navas, producto de directas y penosas investigaciones de primera mano, demostrada en todos sus extremos con pruebas ó documentos fehacientes, sin recibir opinión alguna por respetable que parezca, que no esté compulsada y depurada hasta el quilate, vendrá á hacer tabla rasa de numerosas tradiciones que corren como verdades inconcusas, y que sólo son fantasías que han pasado de unos á otros autores sin comprobación ni examen; pues preciso es decir que escritores de alta reputación, como Mariana, Quevedo, Argensola, Jovellanos, Moratin, Larra, el Solitario y cien más, dieron como bueno lo que escrito estaba, y fomentaron la credulidad de sus lectores con patrañas que, en fuerza de ser repetidas, tomaron la categoría de verdades.

Entre la opinión sustentada por Sánchez de Neira y la emitida por Mr. Vrignault, creo que tiene razón el autor español al sostener que las fiestas de toros nacieron en España, y no fueron importadas por egipcios, griegos, árabes ni romanos. Trataré en el menor espacio posible de justificar este parecer.

En el antiguo Egipto sería inútil buscar el origen de

estas fiestas, dada su escrupulosa superstición en conservar la vida de los animales; ni podían los que en el buey Apis miraban el simbolo de su deidad favorita, hacer morir rabiando á los procreadores de tal emblema.

En Grecia se distinguió á la gentil Diana por el apelativo Taurica, y allí tuvo principio la *Taurobolia*, asquerosa purificación cuya virtud suponían de veinte años á favor del que soterrado recibía sobre el rostro desde ciertos agujeros ó taladros hechos *ad-hoc*, la sangre caliente del toro que, después de dorados los cuernos, se sacrificaba invocando varias deidades. En las *taurobolias*, el toro era conducido pacíficamente infulado, adornado de flores y acompañado de los *Popas* ó sacrificadores, que desnudos llevaban al hombro los instrumentos del sacrificio. ¡Vaya una bravura que tendrían estos animalitos!

Tan repugnantes ceremonias nada tienen que ver con las corridas de toros; pero las hubo también en Grecia, como se comprueba, entre otros testimonios, por un mármol que conserva entallada una de dichas corridas, y que desde Smirna fué llevado á Londres, pasando después á formar parte de la colección de mármoles de la Universidad de Oxford. Estas corridas se reducían á ejercicios de agilidad á caballo para burlar al toro; y según se desprende de la descripción que hace Barthelemy en su *Viaje de Anacharsis*, en tales juegos no perecía el animal.

En Roma, Julio César, para buscar popularidad en las muchedumbres, introdujo las corridas de toros que había visto en Tesalia; pero puede colegirse la escasez del peligro que correrían los lidiadores romano-tesalios, dada la mansedumbre y carácter inofensivo de aquellas fieras, cuando afirman Séneca y Marcial, que no sólo los varones grandes, sino los muchachos y mujeres toreaban, subiéndose sobre los mismos toros y burlándose de ellos.

La mayor parte de los historiadores opina, porque sí, que el origen de nuestras corridas se debe á los árabes; mas lo cierto es que no presentan prueba de ello, pudiendo decirse en contrario que su religión les prohibe severamente maltratar á los animales, y con especialidad al que alimenta y coadyuva á la labor, sin contar que la Naturaleza fué otro ostáculo para que usaran ó tuvieran estas fiestas antes de venir á nuestra Península, porque los toros de Africa no son feroces ni corpulentos, ni ostentan condición alguna para poder lidiarlos.

D. Francisco Goya, tan enterado de cosas de tauromaquia, no siguió la corriente de los historiadores en este punto; pues en su *Colección de treinta y tres láminas representando diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros*, dedicó las dos primeras á la caza de toros que practicaban los antiguos españoles á pie y á caballo; y la tercera en que ya figuran toreando los árabes, la explica de este modo: «Los

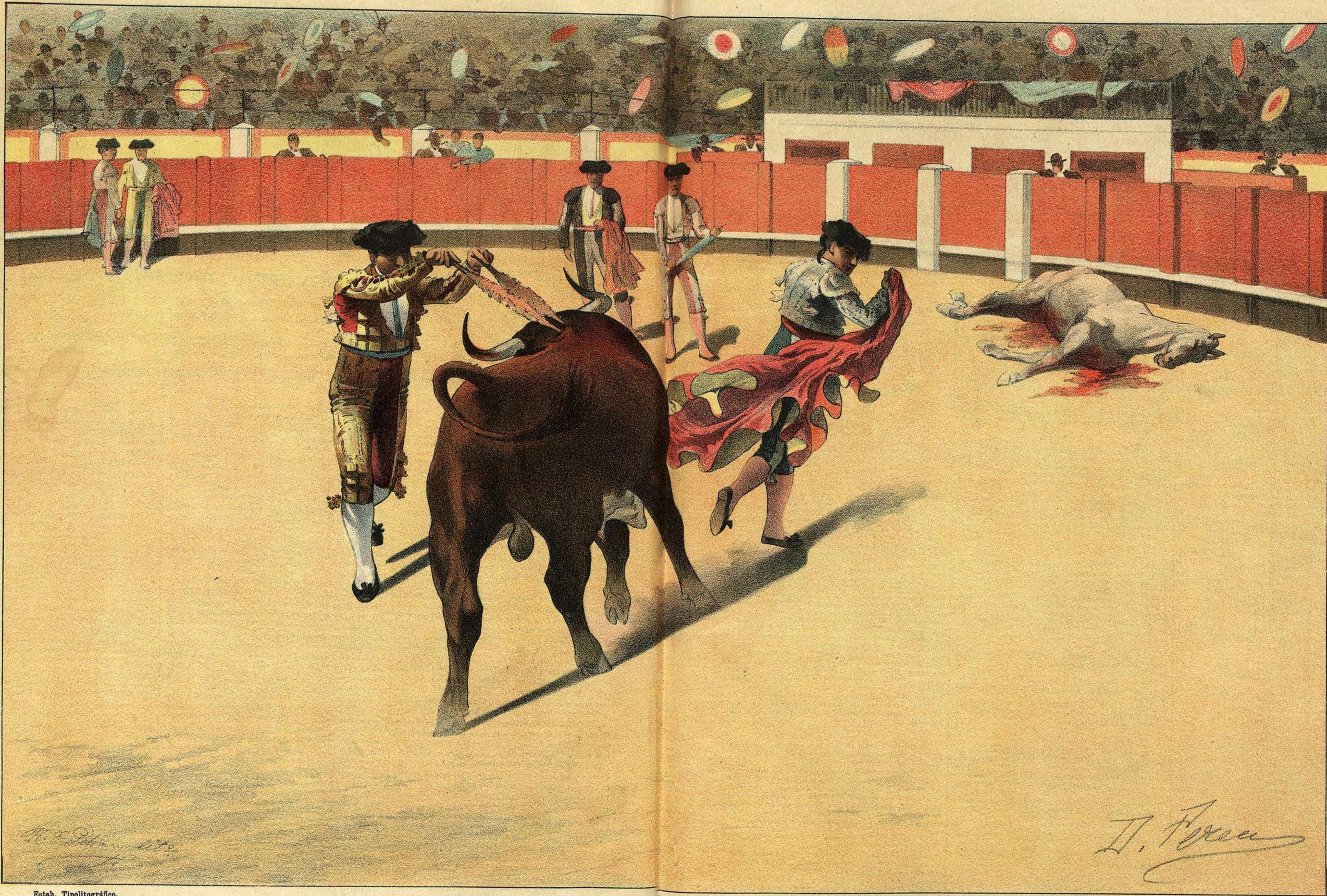
moros establecidos en España, prescindiendo de las supersticiones de su Alcorán, ADOPTARON esta caza y arte, y lancean toros en el campo.»

Descartadas, pues, estas atribuciones de origen de la lidia de toros, hay que concedérsela á España, que es la que practicó este ejercicio mucho antes de conocer los usos de aquellos pueblos. Viene amparada esta opinión con documentos de la más remota antigüedad, concretándose á citar en este trabajo, por las razones que expuse al principio, y sólo por la necesidad de justificar que no hablo al aire, uno, en mi concepto importante y de indudable autenticidad.

Sacando piedra de los cimientos de la antigua muralla de Clunia en el año 1774, para una obra de la iglesia de Peñalva, se descubrió una lápida que publicó el sabio canónigo Loperráez en su *Historia de Osma* (Madrid, Imp. Real, 1788, tomo II, pág. 328). Es fragmento de una piedra circular, cuya parte inferior no se encontró; en el centro de la parte descubierta hay de relieve un toro en el acto de acometer, y en frente de él un hombre que al parecer viste el *sago* ó *sayo* español. En la mano izquierda tiene un escudo celtibérico redondo, y descubre la punta de un estoque ó espada que tiene en la derecha; de modo, que el monumento viene á constituir una demostración de que ya en aquellos remotos tiempos, algunos siglos antes de la Era Cristiana, se practicaba la lidia de toros, puesto que la fiera se representa libre y en el acto de acometer á un hombre vestido y armado, que la espera de frente para herirla ó matarla.

La piedra encontrada ostenta en su parte superior una leyenda en letras celtibéricas, leyenda que no está completa por faltar el texto correspondiente al fragmento inferior. El erudito D. Cándido Maria Trigueros, en carta dirigida al Padre Fray Liciniano Sáez, monje benedictino, y que éste publicó en su *Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrian en Castilla durante el reinado del Señor D. Enrique III*, obra impresa en Madrid por Benito Cano, año 1796, da una versión castellana de la citada leyenda, opinando que debe traducirse *la robustez de los toros del país... ó bien da fuerza á los toros el país...*, frases que parecen formar parte de una locución notoriamente alusiva á la lidia de toros; deduciéndose de todo ello, que estos juegos ó lances se celebraron en España desde los tiempos más antiguos y antes de la venida de griegos, romanos y árabes; no alcanzándoseme cómo mi buen amigo Pascual Millán, en su precioso libro *Los toros en Madrid*, despoja de valor histórico á ésta y otras inscripciones, que son en realidad los únicos vestigios que pueden revelarnos los usos y costumbres de aquellas remotas edades.

Viene á reforzar esta interpretación la indole del toro español, bravo, indómito, nervioso y corpulento, merced á los jugos y fortaleza de sus pastos; furioso



J. Palacios

en la época de su celo, como atestigua Jáuregui en el libro 4, estrofa 50, de la *Farsalia* de Lucano, é igualmente irritado al buscar la hembra ya domesticada, según describe Lope en el canto primero de la *Angélica*; por tanto, bien será deducir que los primitivos españoles que merodeaban por los campos, fueron los que tuvieron la necesidad de lidiar y el mérito de vencer á aquel armado y formidable bruto; y que si griegos y romanos tuvieron también sus juegos peculiares de toros, antes, mucho antes, los lidiaban los españoles, siendo esta lidia embrionaria y sin arte, el germen y primer punto de partida para lo que después había de constituir el espectáculo, con razón llamado nacional.

He aquí, mi querido Antonio, expresada en las menos palabras que me ha sido posible, la opinión que de mí solicitaba respecto á los orígenes del toro. ¿Habrá usted quedado satisfecho con la respuesta? Mucho lo celebrará su siempre afectísimo amigo y compañero

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

¡Que lo diga Bartolo Primero!

(Parodia de EL PADRE COBOS)

Existe un ganadero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
existe un ganadero
de libras y andaluz,
que da cada ternero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
que da cada ternero,
menor que un avestruz.

Corrido el caballero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
corrido el caballero
quedó en el redondel;
pues dió más de un cordero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
pues dió más de un cordero
de menos peso que él.

Murió el chivo tercero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
murió el chivo tercero
y el cuarto feneció;
y sólo un triste overo,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
y sólo un triste overo
en Plaza se arrastró.

Achicharrado el cuero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
achicharrado el cuero
llevó algún animal;
y no faltó carnero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
y no faltó carnero,
que fué para el corral.

Debió el PRIMER TORERO,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
debió el PRIMER TORERO
matar á puntapiés;
ó usar en vez de acero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
ó usar en vez de acero,
garrote cordobés.

Ignórase el dinero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
ignórase el dinero
que tal para costó;
Empresa ó ganadero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
Empresa ó ganadero,
¿cuál fué quien nos timó?

Yo por mi parte infiero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
yo por mi parte infiero
y creo como en Dios,
que timo tan grosero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
que timo tan grosero
urdiéronle los dos.

Tamaño desafuero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
tamaño desafuero
pasar puede en verdad,
aquí donde son cero,
— ¡que lo diga Bartolo Primero! —
aquí donde son cero,
pueblo y autoridad.

X.

Nuestro dibujo.

REALMENTE no es una de las suertes correspondientes al segundo tercio de la lidia; es más bien uno de los procedimientos empleados cuando las reses no se prestan lo suficiente para que los diestros encargados de su ejecución, la lleven á cabo en cualquiera de las formas acostumbradas ó usuales.

Se emplea más generalmente por los toreros que ya poseen vastos conocimientos en el arte (pues á los

principiantes y medianos ni se les alcanza ni puede alcanzarse) con los toros huidos, que como es sabido, imposibilitan por esta sola circunstancia, la práctica en condiciones normales, tanto de la suerte de banderillas, como de las restantes de que se compone el espectáculo.

Consiste el procedimiento á que se refiere nuestro dibujo de este número, en sujetar un peón con el percal á la res, procurando que se empape en el engaño y corriéndola á punta de capote. El banderillero, avisado previamente, sale á su vez con dirección al bicho que sigue su carrera, embebido en la percalina, y al llegar á su jurisdicción, llamándole la atención para que se desvíe del viaje emprendido, le corta éste, metiendo los brazos y clavando los rehiletes, al mismo tiempo que la fiera se revuelve y derrota sobre el que le sale al encuentro.

El sistema, como se ve, facilita y abrevia el segundo tercio mucho más que los otros que se estilan ahora para estos casos, y en los cuales los capotazos se elevan á lo infinito y las pasadas al aburrimento; teniendo además la ventaja de ser de excelente efecto y de positivo resultado. Recuérdese si no la famosa corrida en que el inolvidable maestro Lagartijo pareó y fogueó sus propios toros, empleando para casi toda la faena esta misma forma, y terminándola en breves instantes, y la frecuencia con que Guerrita la manda ejecutar en los toros que así lo requieren. No lo olviden los demás diestros y apelen á ella, en caso necesario, en la seguridad de más completo y satisfactorio éxito.

RECORTES

¿Conocen ustedes á D. Florencio Moreno Godino? Suponemos que no, porque se trata de un Florencio que floreció en esta corte, cuando Bartolo dislocaba á las pitilleras sevillanas con su irresistible garbo y su aspecto gentil. ¡Ya ha llovido!

Hacia lo menos un par de lustros que el bueno de don Florencio no ponía á contribución su singular ingenio, aquel ingenio peregrino que era regocijo de cafés y tertulias en tiempos de Espartero y de San Miguel.

Y el otro día le dió por *enhilar* unos cuantos chistecitos sobre *La Plaza de Toros vieja*, que así se rotula el artículo firmado por D. Florencio, y publicado el 15 del corriente en *El Liberal*.

¿Cosa buena, pero buena! Comienza el buen señor por la consabida cantata, y dice que allí y sólo allí, en aquella vetusta Academia taurina se toreaba *de verdad*, y se pasaba de muleta *de verdad*, y se estoqueaba *de verdad*.

Y la gente se volvía *vieja de verdad*. ¿Verdá uste, don Florencio?

Y va luego el hombre y se arranca diciendo que Cúcharres, Cayetano, Domínguez, el Tato y el Gordito, eran los Morenos Godinos de la tauromaquia, mientras que Lagartijo, Frascuelo y Guerrita han sido ó son unos *Achares* de guardarropía averiada. ¡Qué buen humor gasta el abuelo!

¿Qué pensarán ustedes que afirma después? Pues casi nada: que la transformación que Lagartijo y Frascuelo impusieron al arte, fué «torear de pies y suprimir el toreo de brazos, que es el único toreo».

¿Qué tal? Ya saben ustedes que, según D. Florencio, Cúcharres, el Tato y el Gordito toreaban *de brazos*, y que Lagartijo y Frascuelo toreaban *de pies*.

Y D. Florencio, ¿cómo se mete á hablar del ángulo? ¿De brazos ó de pies?

Ahora agárrense ustedes á Bartolo, que es la columna más firme de la juerga nacional, y ¡oído á la caja, que ahí va D. Florencio!

¡Que se agarren ustedes bien!
«¡Como si la muleta sirviese para algo en el momento de herir!»

¿Para qué ha de servir, hombre? ¡Como no sea para impedir en ella los chistes de D. Florencio! ¡Chistes de dos siglos há, como quien dice!

Vaya; ya tienen los matadores modernos el modo de inmortalizarse y de immortalizar á D. Florencio, creando una suerte de matar.

Cuando el toro esté cuadrado, se tira al suelo la muleta y se entra á hacer reunión gritando: — ¡Vaya por D. Florencio!

¡Pobres puntilleros! En cuanto se generalice la suerte, se mueren de hambre, si no lo remedia Dios.

También habla de competencias D. Bartolo, digo D. Florencio:

«En la Plaza vieja las hubo casi siempre, desde la competencia entre Romero y Costillares...»

Anciano, la lengua tén
y escúchame un solo instante.

Romero no compitió jamás con Costillares, sino con Pepe llo.

«... hasta la tática entre Lagartijo y Frascuelo.»

¿Tática? Pero diga usted, D. Florencio: en los tiempos de usted y del gentil Bartolo; en los tiempos del toreo *verdadero*, ¿competían los toreros á *morrá* limpia?

Ahí va la bomba final. Vean ustedes la *high life* que daba lustre y esplendor al toreo de brazos, en las delanteras de grada de la Plaza vieja. Lo dice D. Florencio:

«Concha la Africana, Matilde Mochuelo, la *Corredera*, Juana Manojos y Antonia la Sastra.»

¡Olé por el abuelo! Vamos, D. Florencio, que aquellas «damas célebres y despreocupadas», no torearían de pies, ni de brazos, sino de piernas ¿eh?

Y diga usted, D. Florencio: ¿no bailaban también «la danza del vientre»? ¡En el mundo!

Para toreo *de brazos*, ¡que se callen todos los diestros florentinos donde está el firmamental Bartolo! ¡Ese sí que le da quince y raya al mismísimo Cayetano Sáenz! Y si no, ahí está la última corrida de la temporada, que no nos dejará floro-moro-godinear.

Allí todo fué broma, guasa, chiste, cuchufleta, facecía y pitorreo. Los aficionados se rieron de los chotos; los toreros se rieron de las cabras; los picadores se rieron de los chivos; los puntilleros se rieron de las monas.

Hubo aplausos de guasa y ovaciones de *boyo*; una fiera quemada, otra retirada al claustro materno por no haber llegado á la edad núbil.

Es lo que dice *Don Modesto*:
«Choto tercero... como el segundo... como el primero. ¡Oh tuttis chottis!»

Tiene razón el revistero de *El Liberal*: *tuttis chottis*, pero los más *chottis di tuttis*, los *chottis* del público. ¡Allí sí que hubo *chottis*!... ¡Y *mansis*!... ¡Y *cabestrís*!...

Y entre tanto, el *divo Bartolo* se reía á mandíbula batiente al ver la Plaza casi llena, y á la gente tan divertida y mansa á la vez.

Y vaya, para terminar, este par de banderillas de fuego, colocado por *Don Modesto* á *topa-carnero*:

«Y ahora pregunto yo: — ¿Qué hubiera pasado aquí si le echan á Guerrita toros como los Ibarra de ayer tarde? Hablen los protectores de *Chilindrín*, *Poca-peca*, *Matauras* y otros novilleros ilustres.»

¡A ver, *Achares*! Tiene usted la palabra.

Notas sueltas.

La temporada formal de toros ha terminado por lo visto. A la hora de entrar en prensa este número, estará dando comienzo la primera de las novilladas de la serie de verano que prepara la Empresa. Tanto de ésta como de las sucesivas, y siguiendo nuestra costumbre del año anterior, daremos breves noticias de un número para otro.

En los días 28 y 29 del corriente, se celebrarán en Alicante las dos acostumbradas corridas de toros que se dan por esta época en la simpática capital de la costa de Levante, lidiándose ganado de D. José María de la Cámara y de D. Carlos Conradi respectivamente, por las cuadrillas de Guerrita y el Algabeño.

Con este motivo, no podemos menos de recordar con sentimiento que hace pocos días ha quedado disuelta en aquella ciudad la famosa sociedad *Especta-Club*, que como empresaria de teatros y Circos, despertó hace algunos años la admiración de toda España. A ella debe Alicante el haber aplaudido á todas las celebridades artísticas de la Península y no pocas del extranjero, y el haber presentado sus espectáculos con un lujo y desprendimiento desconocidos hasta entonces en esta clase de negocios. Ajena por completo al lucro que preside en estas empresas, y sin más objeto que fomentar la animación en aquel hermosísimo puerto, y socorrer las desdichas del país con los beneficios de su gestión, ha tenido que cesar en ésta, sin embargo, cansada de esa guerra sorda y envidiosa que cuatro espíritus mezquinos é interesados hacen en todas partes á cuanto transciende á fecundas iniciativas. El *Especta* había conseguido formar un precioso museo artístico y otro taurino, y había ido sembrando cariñosas consideraciones y amistades por todas partes.

Sentimos su desaparición, por Alicante en primer término, y le enviamos el testimonio de nuestra simpatía como entidad, y nuestra consideración personal á cada uno de sus individuos.

Los diestros heridos últimamente, continúan mejorando de sus lesiones, hallándose en vías de un completo restablecimiento, que muy de veras celebramos.

Reverte se encuentra también en un estado sumamente satisfactorio. En estos últimos días ha dado sus paseos cortos é higiénicos, y hoy probablemente saldrá para su pueblo natal, con objeto de ver si allí logra la completa curación para el día 7 del próximo Julio, fecha en que dan comienzo las corridas de San Fermín en la capital de Navarra, y en las que el valiente espada quiere volver á reanudar sus tareas.

El éxito del número extraordinario de LA LIDIA, publicado el lunes pasado, ha superado todas nuestras esperanzas. En breves horas quedó agotada la primera edición, teniendo que proceder inmediatamente á la tirada de una segunda, de la que también quedan ya muy pocos ejemplares en la Administración.

DON CÁNDIDO

EN EL NÚMERO PRÓXIMO

COGIDA DE REVERTE EN MADRID

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. — Madrid.